LAS ALBRICIAS.
ENTRAR EN QUINTAS EN VILLARRODRIGO

Alejandro Faustino Idáñez de Aguilar
Universidad de Jaén

RESUMEN: Este artículo trata sobre un antiguo rito de pasaje que la juventud masculina y femenina de Villarrodrigo celebra en la Semana Santa el año en que llegan a su mayoría de edad. Ritual cívico-religioso que incluye la perversión simbólica del orden, la ofrenda de un ramo de trigo verde a la divinidad y el rapto de Jesús Resucitado, que se identifica con los jóvenes.

ABSTRACT: This article is about an ancient rite of passage that male and female youth Villarrodrigo celebrates Holy week year that reach adulthood. Civic-religious ritual that includes the symbolic perversion of the order, the offering of a bouquet of green wheat to the divinity and the rapture of Risen Crist, who identifies with the young people.

Los rituales como actos alegóricos que de forma cíclica practica una sociedad son manifestaciones culturales que forman parte del depósito de la sabiduría popular o antropología cultural de los pueblos, los cuales se llevan a cabo para la consecución de un determinado propósito por parte de la comunidad a través de una vía simbólica.

Uno de estos rituales es el hecho de <Entrar en quintas> que tiene lugar en la localidad serrano-segureña de Villarrodrigo, cuya ejecución corre a cargo de los mozos que debían incorporarse al Ejército para cumplir el servicio militar obligatorio. Un hecho usual que todas las promociones anuales de varones han cumplido, y que en la actualidad continúan protagonizando los que cumplen 18 años, a pesar de haberse suprimido hace años la prestación del servicio militar obligatorio, y al que desde aquel momento se sumaron también las muchachas de dicha edad, que hoy coincide con la mayoría de edad legal. Jóvenes que antes se les conocía como zagaluchos y zagaluchas.

BOLETÍN. INSTITUTO DE ESTUDIOS GIENNENSES Enero-Junio 2016 – Nº 213 – Págs. 107-128 – I.S.S.N.: 0561-3590
Recepción de originales julio 2015 Aceptación definitiva octubre 2015

De por sí, la fiesta de quintos ha sido un acontecimiento que los jóvenes llamados al servicio militar han festejado animadamente en todo el país de manera muy diversa, cuyos episodios se enmarcan en dos formas distintas de celebración, una esquemática propia de la fiesta de quintos donde al abundante yantar se unen las diversiones, músicas y cantos que sus miembros celebran en común, recorriendo plazas y calles de su localidad. Otra celebración tiene lugar con un ritual festivo más complejo que incluye la escenificación pública, litúrgica y teatral como una fiesta de la soldadesca propiamente dicha.

Vista de Villarrodrigo

1. CONTEXTO AMBIENTAL

La prestación del servicio militar era obligatorio para los varones españoles de una determinada edad, que antes era de 21 años y luego se rebajaría a los 18, cuyo objeto no era otro que atender la formación del ciudadano como soldado para la defensa del país en caso necesario, en una tarea que en la actualidad hacen ejércitos profesionales.

Hecho que comenzaba con el llamamiento del Ejército a los mozos, que llevaba a cabo el alguacil del pueblo citando a los interesados para comparecer a tales efectos en el Ayuntamiento el día fijado. De este modo

se ponía en marcha un proceso que era crucial en la vida de los jóvenes, marcando un antes y un después en su existencia y comportamientos, ya que el servicio militar llevaba consigo la separación del joven de su familia y lugar de residencia durante el largo periodo de tiempo que duraba su estancia en el Ejército, que iba desde tres años a uno.

Eran tiempos de un país atrasado donde reinaba la pobreza y nadie viajaba ni salía de su lugar de residencia, pueblos o aldeas que vivían dentro del mayor aislamiento, hasta el punto de que mucha gente fallecía mayor sin haber salido nunca de su pueblo, ni haber visitado los más cercanos. Más incomunicados aún vivían en las aldeas y cortijadas que existían por todos los recovecos de la Sierra, en apartados lugares de Segura, Hornos, Pontones y Santiago de la Espada, donde muchos cortijeros vivían en un mundo limitado a su cortijo, ignorando cuanto ocurría fuera de él. En muchos de estos parajes había personas que vivían en un estado de miseria absoluta, hacinados en cuevas y casuchas inmundas o revueltos con los animales en cenajos campestres, y otros que apenas sabían articular unas cuantas palabras o que sólo musitaban gritos y huían de los demás, dándose casos extremos de varones que eran declarados exentos del servicio militar por su aspecto abrutado, tosco o incapacidad para convivir con los demás, y aún gente que no figuraba inscrita en el Registro civil.

Prestación militar obligatoria que era una ocasión única para que los jóvenes salieran de su lugar de nacimiento, se desplazaran por carretera, línea férrea e incluso por avión o barco si los destinaban a Canarias o al Sahara, conocer otras tierras, personas, ciudades y la vida urbana de un mundo que muchos no imaginaban que existiera fuera de su pueblo. Experiencia única que nunca olvidarían, hasta el punto de que la quinta se convertía en la referencia cronológica más importante de su vida para contar los años, ya que las personas mayores ignoraban su edad y sólo tenían constancia del año de la quinta a la que habían pertenecido.

Como en este mundo siempre hubo ricos y pobres, en las Milicias del Estado también ocurría así, porque los hijos varones de las familias con mayores recursos podían librarse del servicio militar obligatorio mediante el pago de una cuota en dinero que les eximía de tal obligación. Por el contrario, los hijos de las familias modestas no podían hacer lo mismo por carecer de dinero y se encontraban obligados a cumplir forzosamente el servicio militar en las filas del Ejército. Hecho que recuerda la canción: *Si te toca, te jodes/ que te tienes que ir/ que tu madre no tiene/ para librarte a tí*. Un sistema puramente clasista que comportaba la composición de

una Milicia formada por soldados pobres que eran mandados por jefes pertenecientes a las familias ricas, a quienes estaba reservado este papel en el ejercicio de lo que llamaban <carrera de las armas>.

Hijos de las familias humildes cuya ausencia del hogar familiar causaba grandes perjuicios económicos al dejar de ganar un salario que hacía falta en su casa. En ocasiones era tal la pobreza de las familias campesinas, que muchos quintos tenían que desplazarse andando desde su pueblo hasta Úbeda o incluso Jaén en un viaje que duraba varios días, lo mismo que hacían cuando volvían a su casa con permiso o licenciados del Ejército caminando con un pie detrás y otro delante.

Ausencia del hogar que además de la separación que la marcha del hijo producía, constituía también un estado de grave riesgo que podía acechar a los reclutas con el manejo de armas de fuego, explosivos, bombas de mano y cañones en ejercicios tácticos y la participación en guerra con los peripecias, accidentes y males consiguientes que las canciones de los quintos recogen en algunos pueblos: *Los quintos han sorteado/ y ya muy pronto se irán/ se los llevan a la guerra/ quién sabe si volverán*. Ello provocaba un estado de inquietud e inseguridad constante que las abuelas y madres trataban de esquivar a base de oraciones, jaculatorias y promesas, como dejar de comer la familia las comidas que gustaban al hijo soldado hasta que regresara a su hogar, andar descalzas por la casa, o peregrinar a alguna ermita o romería, y con la entrega al recluta de estampas o cruces que le protegieran de los muchos peligros que acechaban a la gente por el mundo.

En aquellas circunstancias, la incorporación de los reclutas al Ejército constituía todo un acontecimiento que afectaba a familias y allegados, pero también a todo el vecindario porque significaba la ausencia de unos jóvenes que tenían que abandonar sus hogares, familias, vecinos, amigos, puestos de trabajo, bailes y diversiones, que suponía una pérdida sensible en las sociedades cerradas de los pueblos pequeños. De ahí que muchas personas vivieran en villorrios y aldeas la separación de los jóvenes como algo propio, por cuyo motivo los quintos se despedían de todas ellas, casa por casa, donde les obsequiaban con alguna medalla o moneda, cuya cuantía estaba en consonancia con la cercanía del parentesco o la amistad que los unía, siendo obligado que los tíos de los quintos hicieran entrega al joven con sigilo de un billete de cinco o diez duros, para que conociera la <gracia de Dios> del fornicio con alguna mujer, y terminara de hacerse un hombre hecho y derecho durante su estancia fuera del pueblo.

Requisito esencial era que antes de la partida de los mozos las madres cosieran en las ropas del quinto alguna estampa de la patrona del pueblo

como amuleto que lo libraría de contingencias, accidentes y males mientras estuviera fuera de su casa, y las novias les entregaban una fotografía para que no se olvidara de ella y quizás dieran al novio el primer beso furtivo.

El día en que los quintos se trasladaban a la Caja de Reclutas, todos los vecinos salían a despedirlos a los extramuros del pueblo, de donde partía el camión que portaba a los jóvenes con sus bultos o maletas hacia Úbeda, donde un funcionario comisionado por el Ayuntamiento hacía entrega de los mozos a las autoridades militares, que se hacían cargo de ellos para revisar su estado sanitario y clasificarlos en los cuerpos de infantería, artillería o caballería y plazas de destino que se asignaban mediante sorteo público, a cuyas ciudades se dirigían los mozos amontonados en vagones de viejos trenes de madera bajo las órdenes de mandos militares de los cuarteles enviados para recogerlos en Úbeda.

A su llegada al cuartel les rasuraban el pelo, para después vacunarlos y ducharlos antes de entregarles el uniforme para vestirse de soldados por primera vez. Al día siguiente, –pelados, desinfectados y uniformados– les daban permiso para salir de paseo por la ciudad, y era la primera ocasión para que el quinto se hiciera un retrato vestido de militar, que enviaría a su madre y novia.

La duración del servicio militar era de tres años, que luego se rebajarían a uno, durante los cuales el soldado solía disfrutar de unos días de permiso para ver a su familia, salvo que le hubiera tocado en Canarias o el Sahara, donde los permisos estaban muy limitados por su gran distancia a la Península.

En un tiempo en que no había teléfono en los pueblos, el único medio para comunicarse los soldados con sus familias era el correo postal, con el inconveniente de que la mayoría de los soldados no sabían leer ni escribir, porque no habían podido asistir a la escuela, al ser hijos de familias necesitadas que tenían que trabajar desde pequeños para ganarse la

vida como porqueros de cerdos en los cortijos. Cartas que la mayoría de los quintos analfabetos tenían que dictar a algún soldado veterano para que les escribiera a su familia o novia, pidiendo toda clase de noticias del pueblo, amigos y vecinos, y de cuanto ocurriera en los asuntos de noviazgos, bodas, nacimientos y entierros, que mantenían en el soldado viva la llama de su pueblo y de sus paisanos. Cartas que usaban unas fórmulas tradicionales, que indefectiblemente empezaban diciendo: <Apreciables y nunca olvidables padres, hermanos y demás familia. Me alegraré que al recibo de ésta se encuentren todos bien, yo bien G.A.D.> (gracias a Dios), antes de empezar a preguntar por todos los miembros de la familia, tíos, primos o vecinos, y por las últimas novedades del pueblo. En el caso de los novios se usaba también el mismo estereotipado formulario de <apreciable y nunca olvidable> seguido del nombre de la prometida o prometido.

2. RITUAL SIMBÓLICO

Los antecedentes de las fiestas de la soldadesca se remontan a tiempos muy antiguos anteriores a la Era cristiana, cuando los soldados –*milites*– presentaban ofrendas a los dioses para preservar su vida en los combates, a cuyo fin depositaban sobre un ara de piedra un objeto significativo consistente en un arma, flecha o piedra testigo, que acabada la guerra recogían dando gracias a sus divinidades protectoras en señal de agradecimiento, mientras las ofrendas que quedaban sin recoger servían para conocer el número de los soldados que habían muerto en la batalla. Otros soldados portaban amuletos colgados de su cuello como instrumentos para salvaguardar la vida en las luchas frente al enemigo, tales como los hallados cerca de la localidad jaenera de Santo Tomé y del río Guadalquivir procedentes de la batalla de *Baecula,* en la segunda guerra púnica que tuvo lugar el año 308 a. C. entre cartagineses y romanos. Labor de preservación que en nuestros días se confía a las estampas de la Virgen que abuelas y madres introducían en la cartera de a los quintos, para que nunca se vieran en apuros y estuvieran siempre libres de males y problemas.

La fiesta de los quintos es un acontecimiento cuyo origen se ignora, que bien pudo deberse a las fiestas de despedidas de los movilizados en las levas de gente que los reyes decretaban para acudir a la guerra antes de existir el servicio militar obligatorio, o que tal uso surgiera más tarde cuando el servicio de las armas se convierte en una obligación perso-

Amuletos de soldados cartagineses y romanos

nal que ningún varón puede eludir. Con el precedente de los <tercios> provinciales creados 1637, de las Milicias urbanas formadas en el siglo XVIII por los vecinos propietarios y las provinciales posteriores, la Milicia nacional de carácter obligatorio se instituye en España en 1812, cuyos miembros se reclutan entre los varones comprendidos entre 30 y 50 años, para prestar servicio de armas durante ocho años. De este hecho puede derivar la locución popular de <ir a la mili> con que se designa la incorporación al Ejército de los varones, con cuyo motivo debieron celebrarse localmente fiestas de despedida que darían lugar a la conocida Fiesta de Quintos que ha llegado hasta nuestros días.

Quinta de 1978 en el Calvario de Villarrodrigo

Celebración que podría tener alguna relación con las cofradías de los <Armaos> que se crean en el siglo XVI para velar el Monumento de Jesús Muerto en la Semana Santa o escoltar a los pasos procesionales, hecho que persiste todavía en las cohortes de soldados romanos y de militares o guardias civiles que acompañan a las imágenes sagradas en los desfiles.

Entrar en quintas es un acontecimiento que constituye un verdadero ciclo cívico-religioso que comienza con el acto ritual de la Medición de los quintos, que tenía lugar en el Ayuntamiento ante una comisión representativa del Estado integrada por el Alcalde, Cura párroco, Juez de paz y demás concejales, en que el médico del pueblo examinaba el estado sanitario de cada uno de los mozos y comprobaba sus rasgos físicos de peso, altura, contorno de pecho, vista, oído, pies y manos, eliminando a los que estuvieran mancos, cojos o que fueran <estrechos de pecho> o hijos de viuda sexagenaria. Ceremonia administrativa pública a la que asistían los padres y familiares acompañando a sus hijos y sobrinos llamados a filas, vestidos todos con sus mejoras ropas, como acto importante del calendario familiar.

La citación para la medición de los mozos abría el periodo en que los reclutas empiezan a reunirse, organizando veladas en que comen, beben y se divierten, dando lugar a la creación de un núcleo juvenil donde reinan la hermandad y el compañerismo que durarán toda la vida entre sus componentes, hasta el extremo de que se conocerán siempre como miembros de la quinta a que pertenecieron, que el quinto rememora toda su vida.

Fiesta de quintos que mozos y mozas de Villarrodrigo llevan a cabo en una peña festiva durante toda la Semana Santa en reuniones con abundantes comilonas, sin que falte la bebida generosa que alegra el ánimo, en jornadas diurnas o nocturnas que suelen acabar con cantos y músicas que recorren calles y plazas en una camaradería alegre y exultante, donde los jóvenes alardean ante los demás de ser los quintos más capaces y más machos, predicando que su quinta es la mejor de todas las del pueblo, en un afán de superioridad que parece inherente a estos grupos festivos animados por las libaciones alcohólicas.

En este entorno hay que contemplar también la fase litúrgica de las **Albricias** que todos los reemplazos de jóvenes quintos villarrodrigueños ofrendan a su patrona la Virgen de Albanchez, como protectora de los hijos del pueblo. Albricias que consisten en un ramillete de trigo verde recién cortado que se ofrece a la Virgen la noche del Sábado Santo, en que

se cuelga en el umbral del pórtico del templo parroquial tras el repique de campanas que marca la Resurrección del Señor, en cuyo lugar permanecerá todo el año a la vista de vecinos y forasteros visitantes. Previamente los restos secos de las albricias del año anterior que corresponden a la quinta precedente, se queman con el fuego del cirio Pascual que arde en la iglesia. Es el fin de una quinta y su sustitución por otra nueva que se corresponde con los ciclos de las generaciones del pueblo.

El rito ceremonial de las Albricias de Villarrodrigo consta de otros detalles en que se materializa el acaecimiento cívico-religioso, que se inicia con el bordado de un estadal o cinta conmemorativa que la madre del joven y sus familiares, novia, tíos y primos hacen en su obsequio, donde figura su nombre y año de la quinta y otros motivos decorativos, donde no faltan las espigas y las flores. Un homenaje simbólico al que se suma cualquier familiar confiando el bordado de la estola recordatoria de la efemérides a la mujer que se encarga de tal misión en el pueblo –Vicenta

Degracia–. Las cintas se elaboran con raso blanco de once centímetros de anchura bordada con hilos de colores o pintada y con flecos dorados en sus extremos, y en ella consta el nombre del quinto, su año de nacimiento y los motivos de exorno, con alguna dedicatoria de familiares o de la novia, por las que su autora percibía unos 40 euros hace unos años. Esta señora borda o pinta también un guión de raso con motivos alegóricos de la quinta que cubre el trigo verde colgado en la puerta del templo.

La celebración formal empieza la noche del Sábado Santo con la colocación del ramo de trigo de las Albricias en la Iglesia que hacen los quintos con gran jolgorio y griterío, dando vivas al Resucitado, a la Virgen y a la quinta, antes de dirigirse a sus hogares para escribir con pintura su nombre sobre el suelo de la calle a la entrada de su casa. Nombre anunciador que antes era una vieja costumbre de los pueblos de la Sierra de Segura que con el tiempo se iría perdiendo, que todavía se conserva en Villarrodrigo y cumplimentan los quintos, como hizo Alba el año de su quinta.

A la terminación del oficio religioso de la Pascua las madres de los quintos revisten la imagen del Resucitado con las cintas bordadas de sus hijos, en un acto que enmascara la figura e identifica a los quintos con la propia imagen.

En las primeras horas de la mañana siguiente del Domingo de Resurrección los quintos trasladan el Resucitado a la carrera hasta el ara del Calvario que hay en los extramuros de la población, en una marcha hecha clandestinamente y en la mayor soledad, donde solamente intervienen los interesados El traslado se hace corriendo, en lo que constituye un verdadero rapto premeditado que representa la huida de la imagen de su lugar en el templo parroquial, en un acto simbólico de fuerza que se produce al margen de todas las reglas y normas establecidas.

Un lugar de las afueras del pueblo donde hay un pequeño altar en que se deposita la imagen, en cuyas escaleras de acceso figuran escritos los nombres de los quintos y quintas secuestradores.

Imagen de Jesús Resucitado revestida que queda expuesta en el templete del Calvario hasta el momento en que vengan a buscarla, siendo custodiada por los jóvenes que la han raptado y sus amigos y familiares.

De este modo, el domingo de Resurrección amanece con las imágenes de la Virgen Madre y el Hijo separadas entre sí, viviendo su congoja

alejadas y en la mayor incomunicación. Mediada la mañana la Virgen de Albanchez sale del templo en busca de su Hijo, recorriendo el pueblo hasta llegar al Calvario, donde encuentra al Resucitado. Hijo Resucitado que sale al encuentro de su madre, escenificado con repetidos abrazos, saludos y reverencias entre las imágenes de la Virgen Madre y el hijo, cuyas andas porta la nueva generación de quintos y quintas, que emprenden el regreso al templo en una procesión gozosa en la que participan todos los vecinos hasta su entrada en el templo para celebrar la Misa solemne que conmemora el feliz reencuentro. Finalizada la ceremonia religiosa, las madres de los quintos despojan a la imagen de las cintas de sus hijos, que guardarán en su casa durante toda su vida como testimonio del memorable acto, dejando a la imagen del Resucitado con su apariencia habitual, después de haber jugado el papel del Niño que con su huida se hizo mayor y se emancipó de su madre.

Un hecho parecido tenía lugar también en La Puerta de Segura con la ofrenda de las <Primicias> con manojos verdes de trigo y cebada que se colgaban sobre la puerta de la Iglesia, según tradición recogida por Genaro Navarro, como antiguo ritual lleno de simbolismo que seguía a la bendición de los campos que el cura impartía en una procesión que discurría por los alrededores de la población el día de la Cruz.

En ambos casos se trata de unos actos litúrgicos religiosos llenos de simbolismo cuyo contenido conserva todo el sabor antiguo y pagano de la renovación primaveral de las Albricias.

3. CONTENIDOS DEL RITO

Albricias que deben entenderse en el sentido de este término que reseña el Diccionario académico de «regalo que se da o se pide con motivo de un fausto suceso». En todo caso se trata de una ofrenda simbólica que responde a un hecho jubiloso, cuyo origen parece provenir del mundo propio de la cultura árabe, derivado de la voz arábiga AL-BÍSARA que significa la buena nueva o buena noticia, que se corresponde con el fausto acontecimiento de la llegada de los jóvenes a la mayoría de edad.

Como es sabido, la verdadera naturaleza de las fiestas de quintos en toda la geografía nacional –aparte su aspecto puramente lúdico o festivo

de los interesados–, ha sido servir de reconocimiento público de la nueva condición a la que pasa el varón, después de abandonar la adolescencia, dando por concluido el periodo de la mocedad, en cuyo momento el Estado requiere al joven para su incorporación al Ejército.

Un fenómeno que adquiere toda su verdadera dimensión y significado en la comunidad en que residen los quintos, donde el rito de las Albricias alcanza su último fin con el regreso a su hogar y a su pueblo del soldado licenciado sano y salvo, que consagraba la plenitud de la hombría del soldado veterano, dispuesto a acometer un nuevo ciclo de su existencia como persona mayor responsable de su futuro.

En efecto, pasados unos días de descanso, el mozo debía empezar una nueva trayectoria en su vida, poniendo en marcha las medidas necesarias para comenzar a vivir de forma autónoma con independencia y libertad, emancipado de su familia. Era también la ocasión en que el padre autorizaba a su hijo para que pudiera fumar en su presencia o ir a la taberna, y los padres de la novia autorizaban al novio de su hija para entrar a su casa.

Sólo a partir de entonces las relaciones de noviazgo adquirían la categoría de formalidad plena entrando en su recta final, y empezaba a operar la obligación de los padres de contribuir con su ayuda de cara a la boda de los prometidos, haciendo posible la fundación de un nuevo hogar y familia, como un paso necesario que disgrega la familia nuclear de ambos novios para crear otras familias de jóvenes encargados de procrear nuevos miembros que sustituyen a los ancianos que mueren, en un ciclo humano renovador de la comunidad local.

Empezaba también la autonomía económica y laboral del soldado licenciado que debía buscarse la vida por sí mismo, ajustándose para trabajar en una casa de labor dentro o fuera de la localidad, o dando jornales, para ir preparando su próxima boda con la novia que espera impaciente el momento anhelado de su casamiento. Como ayuda para que el joven licenciado inicie su caminar por la vida, y fiel al principio de que el campesino tiene que poseer sus propias herramientas, el padre provee al hijo de algunas de ellas, entre las que se cuentan la azada, el azadón, la hoz y un varajón para avarear la aceituna, y cuando piense en casarse le dará un pedazo de tierra para que la siembre por su cuenta.

El simbolismo de los elementos que intervienen en el ritual viene representado por el protagonismo de los jóvenes quintos y quintas que cumplen 18 años, cuyo paso de la adolescencia al estado de adulto se escenifica públicamente ante los demás vecinos de la localidad, hacién-

dolo saber con la inscripción de su nombre ante la casa donde habitan su condición de quintos, su participación durante toda la semana Santa en el grupo festivo y actos callejeros que como toda fiesta alteran la tranquilidad del pueblo y de sus gentes y suspenden el orden de la vida corriente de la colectividad, y, sobre todo, en el secuestro de la imagen del Resucitado del templo parroquial, que atenta con el respeto a todo lo sacro.

Transformación de los jóvenes en un nuevo *status* dentro de la sociedad local, que se apoya en el llamamiento del Ejército a los jóvenes, que actúa como gran ritual iniciático universal, significativo e impuesto por el Estado (Anta Félez, 1997).

> «El servicio militar sirve (funciona simbólicamente) como una gran sistema de socialización, en el que los sujetos predeterminados pasan por un proceso al que se adscriben, adaptan, aceptan y asumen unas características que son condición indispensable para la adquisición de su identidad como ciudadanos-soldado; el hombre patriótico, el religioso, etc….
>
> De esta manera puede decirse que el paso de la adolescencia a la juventud y, a su vez, de ésta a la adultez, se ritualiza con un sistema de identificación estatutaria, que permite la transmisión/adquisición de los valores culturales masculinos del hombre adulto (Anta Félez,1991, 175).

Entre los elementos que forman parte del rito, en Villarrodrigo se detecta una mezcla de componentes religiosos y profanos que configuran su naturaleza, fin y trascendencia social. Entre ellos destacan los elementos personales con la actuación personal y directa de los propios actores, que son todos los jóvenes del municipio que cumplen la edad para ser llamados al servicio militar a los 18 años sin distinción de sexo, que llevan a cabo acciones demostrativas de su nuevo estado de adultos atribuyéndose el control del pueblo y el manejo de las imágenes religiosas.

Personajes religiosos son las imágenes sacras que intervienen en el ritual son la patrona local en su papel de Virgen-Madre y Jesús Resucitado en su condición de Hijo, que representan la madre dolorida por la muerte del hijo y el hijo resucitado que se emancipa, convertidos en alegorías de la madre que pierde al hijo y el propio hijo joven que se convierte en adulto y con su huida del templo empieza a vivir fuera de su hogar renaciendo a una nueva vida.

Los elementos simbólicos se reflejan en la ofrenda del trigo verde propia del tiempo primaveral, y la posesión y libre disposición de la imagen del Resucitado que los jóvenes trasladan a la carrera hasta los extra-

muros del pueblo donde está el Calvario, que representa a la naturaleza campestre, distinta y como algo lejano de la población.

La imagen del Resucitado revestido su cuerpo con las estolas bordadas de los jóvenes comporta un significativo cambio de apariencia, que, con la escapada de la imagen del templo, simbolizan la mutación que se opera en quintos y quintas en su paso de la adolescencia a la adultez que conlleva la superación de su infancia y pubertad.

Otros componentes materiales como son el ramillete de trigo verde de las Albricias y las cintas bordadas que incluyen figuras del cáliz, espiga y motivos florales, son símbolos representativos de la germinación de los cereales, la renovación de la naturaleza y la fertilidad y virilidad de los quintos, que ofrecen su potencia generatriz como instrumento que garantiza la continuidad de la comunidad vecinal. Motivos vegetales que cumplen el mismo papel alegórico del antiguo Egipto, donde «el propio rey ofrecía un haz de trigo a Min, dios de la fecundidad» (P, Montet. *La vida cotidiana en Egipto*,,, 149), que habla de la analogía entre la fecundidad de la tierra y de los jóvenes entrados en quintas, sin olvidar que «Cristo resucita en la Pascua judía que, a su vez se remonta a una fiesta agrícola: primera espiga de cebada y a una fiesta astrológica, el equinocio invernal y la luna llena» (Sánchez Herrero J. *La religiosidad popular* I, 1989), que pone en marcha la renovación de árboles y plantas en la naturaleza. Sentido de la renovación y fecundidad cuyo papel se evoca en las cartas de los soldados y sus prometidas, donde las muchachas estampaban en el papel el color rojo de sus labios de un beso ardoroso como despedida, o en los mechones de cabellos que la novia envía a su prometido pegados a la carta o metidos entre los pliegues del papel, que en algunos casos podían tratarse de vellos del pubis que novias y novios se intercambiaban como promesa de una fertilidad que un día haría realidad la pareja en su matrimonio.

Elementos mágicos son los que configuran el escenario en que se desarrolla el ritual sumamente figurativo acerca del contenido y significación del ceremonial, con intervención del frontispicio de la iglesia en que se expone el ramo de trigo verde de las <albricias>, las calles y plazas de la población, y el <calvario> ubicado fuera del casco urbano, donde depositan la imagen del Niño raptado en una ambiente campestre natural hasta su reintegro oficial al templo parroquial.

El contenido central del ritual se escenifica con el acto de fuerza que consiste en apoderarse de la imagen, sacarla en secreto y llevarla corriendo a los extramuros de la población, que debe entenderse como

alteración por los quintos raptores del orden establecido al entrometerse e imponer su voluntad a los demás rompiendo las reglas instituidas por la tradición, y actuando al margen de las instancias oficiales civiles y religiosas, eludiendo expresamente la presencia del cura y las autoridades, perturbando el orden normal de la comunidad, haciendo valer así su condición de nuevos miembros adultos de la localidad.

Recordemos que el rito y el culto son manifestaciones simbólicas de hechos y fenómenos sociales, y que la comunidad celebra los cambios de ciclos de la naturaleza con representaciones sacras, que no se limitan a ser solamente una mera escenificación imaginaria o litúrgica sino que consagran la identificación entre deseo y realidad, porque el culto produce el efecto real que se representa de modo figurado (J. Huizinga. *Homo ludens* 1968, 28). Tal sucede en los ritos del bautismo del nacimiento, la primera comunión del final de la niñez, la quinta del fin de la adolescencia, y el matrimonio como hitos cruciales en la vida de las persona que constituyen <rituales de paso> que marcan el ciclo biológico y el cambio cultural que se espera en el status social del individuo a través de estos <ritos de pasaje>, como sucede en la fiesta de quintos de las Albricias.

Desde un punto de vista analítico, la fiesta de los quintos y quintas de Villarrodrigo cumple las tres fases que componen todo acto ritual. La parte inicial Preliminar, con la organización espontánea del grupo de los

quintos que se aprestan a realizar una serie de actuaciones demostrativas de su condición premilitar, que actúa como evento que desencadena el ascenso o paso de una nueva generación de jóvenes a la situación de persona mayor de la sociedad local. La segunda parte Liminar constituye la parte central del rito, consistente en unos actos cívicos indicativos como la exhibición del nombre de los quintos en las calles, ante la puerta de sus casas, y los frecuentes recorridos callejeros con cantos y músicas que invaden el orden y el sosiego ciudadano, anunciando ruidosamente su condición de quintos, así como la ofrenda vegetal en la puerta de la Iglesia y el rapto de la imagen del Resucitado del templo parroquial que muestran la nueva condición de mayores de edad de los quintos. La tercera parte Postliminar cumple la función de agregación o consolidación de la nueva situación de los jóvenes que acceden a la mayoría de edad, y se representa en el Encuentro o reconciliación entre la Virgen Madre y su Hijo Resucitado en el Calvario, que acepta la nueva condición del hijo, tras el cambio de apariencia y huida al campo. Procesión que constituye el fin del rito iniciático de los quintos en que se exterioriza públicamente el reconocimiento a su nuevo papel como personas mayores, al que asisten todos los estamentos de la sociedad local representados por las cuatro etapas de la vida del ser humano: *infantia, adulescentia, iuventus* y *senectus*, cuyo broche final es la misa de Gloria con que acaba la celebración en la Iglesia, que juega aquí el papel de instrumento de integración e identificación social cumpliendo una función legitimadora de la nueva situación establecida en la comunidad vecinal con la incorporación a la categoría de la madurez de una nueva generación de jóvenes que les obliga a dar un nuevo sentido a su vida cumpliendo el papel renovador de la sociedad local (Gómez García, P. *La religión en Andalucía* 1985:79).

Un hecho importante digno se resaltarse es que la desaparición del servicio militar obligatorio en el país no ha significado el abandono de la tradicional fiesta de quintos, cuyo acontecimiento se continúa celebrando a la edad en que los jóvenes tendrían que ser alistados, al término de la pubertad y comienzo de la edad adulta dentro del año en que cumplen los 18 años, lo que demuestra que la fiesta de quintos de Villarrodrigo no es un acto más de diversión de los jóvenes, sino de un verdadero ritual generacional de naturaleza simbólica, al que por ésta razón se han sumado las muchachas de la localidad que hoy participan también en la celebración con el mismo sentido que los varones, potenciando aún más el profundo significado donde confluyen la primavera vegetal del trigo verde y la generación de nuevos seres fruto del amor humano que afirma la especie humana, porque «el cereal, el grano, el trigo particularmente,

ha sido considerado como ejemplo de fecundidad y que por eso se ha utilizado en ritos nupciales y en ritos agrarios» (Caro Baroja, J. *El estío festivo* 1986, 94). Un fenómeno alegórico normal que se continúa realizando todos los días a la salida de la iglesia o del juzgado, cuando los invitados a una boda obsequian a los novios con una lluvia de granos de trigo o arroz, como augurio de fertilidad.

Fiesta de las Albricias de los quintos de Villarrodrigo que al igual que en el vecino pueblo de Bienservida y otros pueblos de Albacete, compone un retablo de elementos y actuaciones simbólicas que forman parte de un auténtico rito de paso coincidente con la mayoría de edad de los jóvenes, que conserva en el fondo su origen y valores paganos, que pocos pueblos han sabido mantener con fidelidad a la tradición de su primitivo espíritu pagano original, al que se sumaron después nuevos elementos cristianos asociados a un <capital simbólico religioso>, en cuyo ritual todavía se aprecia en palabras de Frazer «algo del sabor y lozanía de tiempos de antaño, algún soplo de la primavera del mundo» (*La rama dorada…*, 375).

Se trata de manifestaciones paralitúrgicas que son obra de una evolución de elementos alegóricos que el tiempo va conformando según las ideas que prevalecen en cada época y lugar.

> Hay otros ejemplos de este tipo de celebraciones semipaganas además de en Casas de Ves, como la costumbre del «resucitao» de Bogarra, donde se produce el rapto de una imagen del Niño Jesús que se lleva a las aldeas y se esconde. Esta tradición ancestral, que se encuentra en algunos pueblos albaceteños, presupone que la presencia de la imagen mejorará la cosecha y posteriormente se saca para llevar a cabo una procesión de encuentro. (Plaza Simón, P. M. Revista AL-BASIT núm. 59, 152).

Ritual de las Albricias que los quintos y quintas de Villarrodrigo celebran alegres y gozosos durante unos días, como una muestra de gran valor antropológico que bien merece la pena conservarse, y aún mejorarse si cabe, manteniendo su vigencia aunque hoy sean pocos los jóvenes que acceden a la mayoría de edad, que por ello mismo merecen más solidaridad y apoyo, como mantenedores de un hecho que forma parte del patrimonio cultural de Villarrodrigo, de la provincia y de la sociedad en general, que como rito de juventud y fertilidad no se cataloga en su auténtico valor, cuyas raíces forman parte de un mundo ancestral geo-histórico-cultural de tiempos remotos que constituyen una parte importante de la historia de la Humanidad, que –como tales– deben preservarse a toda costa.

BIBLIOGRAFÍA

ANTA FÉLEZ, J. L. (1997) «Servicio militar y veteranía: ritual y símbolos». *La función simbólica de los ritos*, pp. 161-179. Almería.

CARO BAROJA, J. (1986) *El estío festivo. Fiestas populares del verano.* Madrid. Ed. Taurus.

CASAS GASPAR, E. (1948) *Costumbres españolas de nacimiento, noviazgo, casamiento y muerte*. Madrid. Escelicer Ediciones.

CASTÓN BOYER. P. y OTROS (1985) *La Religión en Andalucía*. Editoriales Andaluzas Unidas. Sevilla.

CÓRDOBA, P. y ETIENVRE, P. (edits), (1990) *La fiesta, la ceremonia, el rito*. Granada. Casa de Velázquez y Universidad.

FRAZER, J. G. (2005) *La rama dorada. Magia y religión*. México. Fondo de Cultura Económica.

GEERTZ, Clifford (1988) *La interpretación de las culturas.* Barcelona. Gedisa.

GÓMEZ GARCÍA, P. (1985) «Para una antropología de la religión tradicional andaluza». *La Religión en Andalucía* pp. 73-95. Sevilla.

HUIZINGA, Johan (1968) *Homo ludens*. Madrid. Alianza Editorial.

IDÁÑEZ DE AGUILAR, A. F. (2010) «La Fiesta de Quintos. Un antiguo ritual de Bienservida». Albacete. *AL-BASIT. Revista de Estudios Albacetenses* núm. 55, pp. 307-328.

LUNA SAMPERIO, M. (1987) *Grupos para el ritual festivo*. Murcia. Editora Regional.

MOLINA GARCÍA, P. (1997) «Ritos de paso y sociedad: reproducción, diferenciación y legitimación social». *La función simbólica de los ritos.* Almería, pp. 21-60.

MONTET, P. (1993) *La vida cotidiana en Egipto en tiempos de los Ramses*. Madrid. Ed. Temas de Hoy.

NAVARRO LÓPEZ, G. (1961) *La Sierra de Segura. Bosquejo folklórico*. Jaén.

PLAZA SIMÓN, P. M. (2015) «El origen de las celebraciones pasionales en los pueblos de Albacete». Albacete. AL-BASIT. *Revista de Estudios Albacetenses* núm. 59, pp. 137-190.

PROVANSAL, D. (1997) «Ritual, cultura y sociedad en el Mediterráneo». *La función simbólica de los ritos.* Almería pp. 51-86.

RODRÍGUEZ BECERRA, S. *Las fiestas de Andalucía*. Sevilla. Editoriales Andaluces Unidas.

RÚA ALLER, F.J, y RUBIO GAGO, M.E.(2001) *La piedra celeste (Creencias populares leonesas)*. León. Diputación Provincial. Instituto Leonés de Cultura.

SÁNCHEZ HERRERO, J. (1989) «Religiosidad cristiana popular andaluza durante la Edad Media». *La Religiosidad popular I*. Barcelona, pp. 105-116.

VAN GENNEP (1986) *Los ritos de paso*. Madrid. Ed. Taurus.